

PROTECTING HUMAN DIGNITY
 PROTÉGER LA DIGNITÉ HUMAINE
 PROTEGER LA DIGNIDAD HUMANA



Después de la guerra, el miedo

Sus compañeros y amigos la llaman ahora “la sepulturera”. Enterrar 50 cuerpos fue una terrible tarea para Inass Moualid, de 25 años, voluntaria de la Media Luna Roja de Iraq. También trasladar heridos hasta los hospitales en medio del fuego cruzado exige coraje. Inass arriesgó su vida para proteger la dignidad de sus conciudadanos, enfrentándose a las presiones de una sociedad tradicional reacia a aceptar que las mujeres participen activamente en las operaciones de salvamento en el campo de batalla. Actualmente, sigue trabajando como voluntaria con niños, y confiesa que tras el final de la guerra, está aun más asustada por su seguridad personal.



A Inass Moualid, voluntaria de la Media Luna Roja de Irak, no le fue fácil persuadir a sus colegas y familiares que podía asumir un rol activo en las operaciones de socorro durante los combates.

En un intento por relajarse tras muchos días de trabajo atroz, Inass y otros voluntarios de la Media Luna Roja de Iraq comparten las múltiples y tristes experiencias que han vivido durante las operaciones de salvamento. Una en particular, que tuvo lugar en la Universidad de Basora, fue la más amarga de todas. Inass, otra mujer llamada Israa y Mohamed, todos jóvenes voluntarios, transportaron cadáveres a la morgue en una ambulancia y una furgoneta.

Los cuerpos de los soldados fallecidos se esparcían por todo el recinto universitario y el pequeño lago que se encuentra junto a él. Inass encontró dos cabezas seccionadas, enterradas en el barro junto al lago. Como sus dos compañeros se sentían incapaces de sacar las cabezas y llevarlas a la furgoneta junto al resto de los cuerpos, Inass se ofreció para hacerlo.

“Intenté sacar una de las cabezas tirando del pelo, pero no lo conseguí porque estaba muy hundida en el barro,” recuerda con una precisión espeluznante. Arrodillada en este campo sembrado de muerte, dudó por un instante y pensó desistir ante semejante espanto. “Pero luego, me puse a pensar que ese hombre tenía una familia y, posiblemente, también hijos que estarían esperando recibir noticias de él. Y este pensamiento me infundió el valor necesario para volver a intentarlo” añade Inass.

Cuerpos desmembrados y putrefactos

“Con una mano tiré de la cabeza por una de las orejas y metí la otra en el barro por debajo del cráneo para poder alzarla con cuidado.” Tuvo que hacerlo muy despacio para proteger lo que aún quedaba de las facciones del rostro, “y así poder sacarle una foto y confiar en lograr identificarlo”. Utilizó la misma técnica para sacar la segunda cabeza.

Inass dice que nunca olvidará la segunda cabeza sin cuerpo. Tenía los ojos clavados en ella con una mirada lastimera, como si le estuviera suplicando:

“Con una mano tiré de la cabeza por una de las orejas y metí la otra en el barro por debajo del cráneo para poder alzarla con cuidado”

Las mapas en esta publicación sólo tienen finalidad informativa y/u orientativa, y carecen de significado político.





A pesar del fin de las operaciones militares, persisten graves problemas de seguridad.

“entiérrame por favor”. “Me sentí descompuesta, pero teníamos demasiadas cosas que hacer así que había que seguir adelante.”

El pequeño lago junto a la Universidad de Basora estaba atestado de cuerpos. Tras la batalla, habían permanecido varios días en el agua y estaban empezando a descomponerse. Ni Inass ni Israa sabían nadar, así que fue Mohamed el que tuvo que sumergirse en el agua fétida; ató una cuerda al primer cuerpo, pero temía que éste se deshiciera en pedazos al arrastrarlo hacia la orilla.

Las dos muchachas sostenían el otro extremo de la cuerda. “Cada vez que Mohamed ataba un cuerpo, nosotras tirábamos muy despacio de la cuerda. Luego, utilizábamos una camilla para transportar con mucho cuidado el cuerpo hasta la furgoneta. Tardamos horas en acabar el trabajo, colocando despacio cada uno de los cuerpos en la camilla y llevándolo desde el lago hasta la furgoneta,” recuerda Inass.

Preocupada por su seguridad personal

Ahora que ha terminado la contienda militar en Iraq, Inass se siente aún más preocupada por su seguridad personal y teme que puedan secuestrarla. Las calles de su barrio, que conoce de memoria, han adquirido un aire siniestro. Corren rumores constantes de que hay bandas que secuestran a mujeres, las violan y después las matan.

Para protegerse, algunas chicas llevan navajas; otras no salen de sus casas sin la protección de un hombre de la familia. Salir sola a la calle supone un riesgo. La inseguridad que se vive en Iraq ha hecho que sea peligroso para una mujer joven salir de su casa, incluso para ir a la escuela.

Pero esto no ha impedido salir de casa a Inass, que procede de una familia religiosa tradicional y siempre lleva la cabeza cubierta. Ha ido a visitar a todas las personas que trasladó al hospital. “Sentía que estos heridos, además de los cuidados sanitarios, necesitaban una sonrisa y un poco de ternura. Quería expresarles mi más sincero apoyo.”

Inass se siente orgullosa de lo que ha hecho porque se ha atrevido a ser ella misma, sin ceder a las presiones de la sociedad. El problema principal al que se enfrentaron las mujeres voluntarias de la Media Luna Roja de Iraq, antes y durante la guerra, fue convencer a la sociedad, inmersa en sus tradiciones, de que ellas podían desempeñar una función activa en las tareas de salvamento durante las operaciones militares.

“Tanto mi familia, los vecinos, como la gente de la calle me decían que el campo de batalla no era lugar para mujeres”, explica y añade: “Pero eso no hizo sino convencerme de que era necesario demostrar que las mujeres pueden ser de gran ayuda en tiempos de guerra”.

“No todo el trabajo de la Media Luna Roja es tan terrible,” dice Inass. Ahora hago actividades de apoyo psicológico en un campamento de verano para niños. Trabajar con niños me da la energía y la fuerza necesarias para continuar con mi trabajo de voluntaria.”